



conozco y acaban de llegar piensan que están aquí por una temporada. Imaginad que allí se han quedado sus maridos, sus novios”.

“Todavía están allí”

De sus conversaciones con los refugiados que a los que traduce transmite cuál es su estado de ánimo: “Me dicen que por el momento no necesitan psicólogos ni orientación laboral; necesitan escuchar silencio, simplemente un abrazo, todavía están allí. A las familias de acogida les diría que tengan mucha paciencia, los niños están traumatizados por los bombardeos, han pasado por un largo viaje. Os pido mucha paciencia. Los ucranianos somos gente trabajadora, alegre y animada, pero ahora están rotos”.

La primera vez que salen a la calle

Las personas que ella misma acoge en su casa, que han pasado una larga estancia en Polonia antes de llegar a España, ni siquiera han querido salir a la calle, “este jueves [el 24 de marzo] es la primera vez

que lo hacen para venir a la comisaría, saben que estos trámites son importantes, necesitan atención médica”.

“Mi hermana se ha quedado para ayudar a la gente de los lugares bombardeados; me dice ‘si todos nos vamos quién se va a quedar a defender nuestro país”, cuenta Anna Karpinska, ucraniana de La Solana

Anna Karpinska, ucraniana que lleva más de veinte años en La Solana, es otra de esas mujeres que se desviven por sus compatriotas. En La Solana hace todo lo posible por enviar ayuda humanitaria, buscar familias de acogida a quién lo necesite, en medio del impacto que le ha producido la invasión,

“desde 2014 mi país está en guerra con Rusia por la invasión de Crimea, ha habido muchos muertos, pero no esperábamos esto”.

Karpinska es otra de esas voluntarias que se ha ofrecido a hacer de intérprete para los trámites oficiales de los desplazados, que acuden a la comisaría de Ciudad Real con el miedo y la desconfianza en sus rostros.

Esta ucraniana ha acogido en La Solana a familiares de su marido, pero su propia hermana y otros parientes (hombres jóvenes) han preferido quedarse allí, “mi hermana no tiene hijos, se ha quedado para ayudar a la gente de los lugares más bombardeados; me dice ‘si todos nos vamos quién se va a quedar a defender nuestro país”.

Mientras habla con Lanza Semanario de La Mancha traduce para las personas a las que acompaña a pedir documentos, de sus conversaciones con ellos, le transmiten que una vez a salvo de los bombardeos no saben muy bien qué hacer. “Quieren volver, pero no saben cuándo será posible; agradecen la ayuda pero se sienten mal por depender de los demás de esta forma”, explica.

Eusebio López, el voluntario de Alhambra que acompañó hace unos días a una de las familias que trajeron desde Varsovia, es consciente de que la integración será lenta. “Poco a poco se abren más. La familia que viene conmigo procede de Uman, una pequeña ciudad ucraniana a doscientos kilómetros al sur de Kiev. No sé cuál es su historia, hablamos lo básico, con el traductor de internet”.

Reconoce que tanto el viaje como el acomodo ha sido una aventura, pero una buena aventura. “En Varsovia vimos el trasiego de refugiados, todo estaba muy bien organizado, dejamos la ayuda donde nos indicaron y con militares y guías nos dieron acceso a esta gente, personas que por algún motivo querían venir a España”.

A los últimos refugiados que se marcharon de Alhambra los llevaron ellos mismos a Loja (Granada) con familiares, otras se han quedado en Madrid o se han marchado a Alicante.

Dos viviendas municipales para acoger a los refugiados

El Ayuntamiento colabora con el grupo cediendo dos viviendas acondicionadas con lo necesario para que puedan vivir de modo independiente. “El pueblo se está volcando en lo demás, sobre todo con la comida, y estamos intentando escolarizar a la niña de siete años de esta familia de Uman en el colegio público de Alhambra. También han empezado a estudiar el idioma”.

López, que trabaja de oficinista en el Ayuntamiento alhambrense, ha conseguido que poco a poco estas personas se abran más, “ya me toman como algo cercano, familia, pero entiendo que cuesta el choque de lo que están pasando es duro, procuramos actuar con cautela y mostrarles que solo queremos ayudarles”.

En los rostros de los recién llegados se intuye el miedo y la desconfianza, aunque salen más relajados tras la tramitación del permiso de protección. Ahora toca esperar para que los documentos provisionales les permitan obtener su identificación definitiva como refugiados.